

«Los bríos de Carmencita»

Rosana Lamonte

Monagas, Venezuela

Es 10 de agosto de 1970, se inicia la semana en un día caluroso y dudoso, se presiente un anoche de angustia escalofriante. El paisaje vislumbra una estación en descenso, una vida inútil sin esperanza y sin fe. El verano deshoja los árboles, la sequía hace trizas a las hojas ya marchitadas y el viento las arroja al mar. Los ambulantes se despiertan y salen a peregrinar semidesnudos al aire por el calor que los atormenta.

En la lejanía, se divisa a una mujer de treinta años llamada Carmencita. Su pequeña habitación se oculta hacia el fondo de una casa familiar en un pueblo de gente indiscreta. Es diminuta, su estatura es de 1.50 metros apenas, es de piel clara y sus ojos de noche oscura.

Su cintura no es estilizada como las mozas de perfectas medidas, pero su atractivo enamora a los hombres por su larga y lacia cabellera azabache.

En la alborada Carmencita se despierta entre dormida, dando gracias al Dios divino y persignándose en cruz tantas veces que se pierde en el conteo, y sus ojos se espabilan.

Piensa que el día será inolvidable. Se levanta de su cama cubierta de una tela tenue de colores pálidos, estira los brazos resonando sus huesos, libera sus trenzas de pelo como decostumbre hasta la cintura, va al baño y se asea. Luego, coloca su delantal y emprende su ardua jornada del día. Lleva dos meses aspirando regresar a su pueblo y abrazar a sus hijos.

En el hogar Méndez Lozano, Carmencita se suda la gota gorda. Allí convive con una anciana de 67 años, la apodan “la Madama”, y a su esposo “el Don”. En ocasiones, la diabetes le seca el pellejo a la doña, y la pobre Carmencita quien es la sirvienta de la hija mayor de los ancianos, solo obedece órdenes de cuidarlos a diario. Su peculiar humildad la hace ver considerada y educada por los adultos mayores, ella no cree poder ser asalariada como una profesional de oficio, pero por su ingenio le permiten contratarla de inmediato.

Carmencita, a pesar de su baja estatura, es brava como una gata salvaje. Guapea ante la presencia de los patrones y muestra su trabajo con pulcritud en la brillantez del cristal de la saltas ventanas descubierta por el sol; igual la loza bruñida que baldea con una fragancia ajazmín. También, acomoda las prendas de vestir sacadas de la secadora, las guarda en susitio, solo algunos trajes rancios, son del patrón. Trabaja con esmero y no se aqueja.

La Madama, como la conocen sus amigas de la sociedad, es estricta, intransigente. Incluso, es la espía más dominante de su hogar, es segura de sí misma. Nadie le descubre el secreto más tétrico de sus antepasados. Posee un poder espeluznante como un mago adivinador que atraviesa desapercibida las inmediaciones de su entorno. Su presencia predomina el lugar, la tonalidad de su piel oscura, la hace ver su blanca dentadura intacta. En las calles, la gente se aparta de su presencia, ella recibe miradas recelosas, pero los esquivacon astucia y sin mediar palabras.

Ella se cree inocente, pacífica y víctima de sus caprichos. Pero es arrogante con su distintiva voz femenina. Hacia el crepúsculo de la tarde se destina a jugar lotería. Su esposo queda desolado en su habitación mirando sus partidos de fútbol. Desde hace mucho, no seacoplan ni con el suspiro de sus indiferencias, y su conversa se vuelve nula. Entre ellos, las palabras se expulsan hacia la nada. Parecen dos nómadas solitarios abandonados a sus suertes. La doña deja entredicho de su hora de regreso cuando le plazca. Nadie la doma.

Carmencita acaba su jornada y se va a su habitación. De momento, siente una extraña sensación en su cuerpo. La nostalgia le invade sus pensamientos, la lleva de vuelta a supueblo natal, llamado “El Limón”. Desea renunciar pronto, pero seguir tolerando la presencia intimidante de la doña y la mirada ardiente del anciano basta para disimular su descontento. Nada la detiene, solo sus hijos quienes necesitan alimentos. El fin de mes se acerca, y ella espera la paga de sus patrones.

La manecilla del reloj recorre cuatro horas, y la Madama en sigilo regresa de la jugada de lotería. Se dirige hacia a una habitación contigua de su hogar, nadie muestra interés por ese lugar, solo ella y su única hija, quienes guardan la llave celosamente. Siente la huella de una sombra y se engulla con su lengua. Pronto se bebe una

pócima mágica de una receta sacada del libro de sus ancestros. Un libro mágico que le enseña a hacerse una metamorfosis perfecta para sus codicias. La magia la persigue desde chica, lo lleva en sus genes por sus estirpes. Los vecinos se espantan por la avejilla nocturna. En cuestión de minutos, la Madama se ve transformada en una gallina negra potoca de plumaje moteado. Sus poderes sobrenaturales la llevan a volar de techo en techo. Concentra su mirada en el interior de su hogar, y cacarea desde la altura mirando al Don con sus ojos de pollos. Siente el engaño a su espalda y quiere anteponer su venganza con algo extravagante, pero el tiempo le apremia, no le alcanza para evitar el oprobio, ya que es tarde para darse cuenta del accionar veloz del anciano.

Todo sucede ante la ira de sus ojos, y su cacareo la hace engrinchar al mirar el futuro, pero no lo evita, no puede, no se revierte tan pronto a humana; aun así, piensa que Carmencita lo sedujo, no razona ni cree defenderla de sus derechos como mujer. Se debate ante lo visto. A Carmencita su conciencia es mancillada al recordar a la patrona, su intranquilidad se acribilla con la mirada de la bruja. Siente un temor punzante en sus venas. Gira su rostro hacia arriba como mirando al techo y escucha el cacareo de una gallina, le parece extraño a la hora de dormir, como si anunciara la cercanía de un depredador en casa. A los pocos minutos, el anciano irrumpe en la habitación de Carmencita, la domina con su fuerza contra la pared, le lanza unas miradas devoradoras de arriba hacia abajo, la palpa. Ella grita y nadie la escucha. La mano inmunda del anciano la intimida, no puede defenderse ante el corpulento cuerpo de 1.90 metros de altura. Ella mira la masculinidad prominente de su fragmento, siente asco y le lanza palabras de odios. Pero la doña mira desde el techo, algo sorprendente que le vulnera su razón. Carmencita se transforma como una leona, desgarras las manos del Don al aire. Ella le arranca pedazos de piel. Los ojos de pollos de la doña, le pugna con su cacareo, prefiere defender al viejo, y se envilece al mirar el gran poder de la artesana que, a pesar de ser pequeña, no se doblega ante la ignominia del anciano, es más fuerte que él.

Carmencita con su voz de leona asusta al viejo con un eco que le atormenta sus sentidos, él se tapa sus oídos, y ella con sus uñas como garras filosas le hiere. Le da una bronca, defendiendo sus derechos como mujer íntegra y le dice: si no se retracta, le hará lamentar toda su vida. Ella no es un antojo ni tampoco un pasatiempo para revivir sus pasiones. Solo es una mujer honrada y trabajadora, que se gana el pan de cada día.

«Los bríos de Carmencita»

Rosana Lamonte
Monagas, Venezuela

PRIMER PREMIO

Ganadora de Categoría - Relato de Ficción
II Concurso Escritura Creativa UPE - 2023

“Los Derechos de la Mujer: perspectivas políticas a través de la Literatura”



UNIVERSIDAD
PROVINCIAL
DE EZEIZA



Universidad
Pública
Argentina